



## Historia de Adele, la profesora que siguió a Don Milani en la “buena batalla”

Oreste Pivetta

L'Unità 8.4.2012

(traducción de Alfonso Díez)



Adele Corradi es una profesora, ahora ya jubilada, casi nonagenaria, a la que hace cincuenta años le asignaron una cátedra en un instituto de Castelfiorentino, desde donde, poco después de su nombramiento en septiembre de 1963, subió por primera vez a Barbiana, siguiendo a una colega que de vez en cuando iba a encontrarse con don Milani. Entonces era una profesora —escribe de sí misma Adele Corradi— totalmente parecida a aquella otra a quien se dirigía la famosa *Carta a una maestra*. Desde aquel momento no volvió a ser más “aquella profesora”.

Al despedirla secamente tras la primera visita, a don Milani “se le escapó de la boca” (ella usa esta expresión y se imagina oír un susurro entre dientes): “vuelva”. Ella volvió. No esperó mucho. Dos días apenas. Volvería más y más veces después, hasta la muerte de don Milani, en junio de 1967 (con 44 años el cura de Barbiana lo mató un tumor), y desde la muerte de don Milani hasta que no se marcharon las últimas familias que habían resistido en aquel desierto montañoso, sin agua corriente, con una sola línea telefónica, con la energía eléctrica llegada un par de años antes y con aque-

lla escuela que llegaría a ser célebre, donde se enseñaba a los niños de los más pobres y olvidados una cultura que fuese emancipadora, libre, justa... “Los pobres —escribe don Milani en una carta citada por Adele Corradi— no necesitan a los señores. Los señores a los pobres pueden darles una sola cosa: la lengua; o sea, el medio de expresión. Ya saben ellos, los pobres, lo que deberán escribir cuando sepan escribir”.

Adele Corradi no había escrito nunca sobre Barbiana. Se negaba a escribir. A pesar, reconoce, de la mucha insistencia y asustada, quizá, por las miles de páginas que otros habían escrito. La bibliografía sobre don Milani es impresionante (sin contar sus cartas, formidable itinerario biográfico).

Acercándose a sus noventa años, Adele Corradi ha vivido una suerte de rectificación y ha comenzado a recordar y a

anotar. Conviene decir anotar, porque la narración no sigue un hilo conductor, sino fragmentos, momentos de vida, impresiones, breves diálogos, y el relato va por instantáneas, apretados capítulos, sólidos por la agudeza de las observaciones y por la precisión del lenguaje (uso apropiado de las palabras, dominar las palabras, incluso las más duras, también las palabras “prohibidas”, como enseñaba don Milani), sólidos por su total sinceridad y vitalidad.

De don Milani se da un retrato con gran cariño, pero sin reticencias, aferrando las asperezas, contradicciones, debilidades, evocando la humanidad y la sensibilidad de aquel singular sacerdote, “con la simple técnica de decir la verdad, sin mitificaciones ni énfasis”, apunta Beniamino Deidda, en uno de los dos testimonios (el otro es de Giorgio Pecorini) que cierran este librito bellissimo, entre



El curso de Adele y Marcello en la Casa-escuela Santiago Uno: 1977-78.



los más bellos de estos tiempos que me he encontrado.

Digo bellísimo por la calidad de la memoria y de la escritura, de una simplicidad punzante, por la evidencia de cada imagen al describir cada circunstancia en que don Milani, con una inteligencia que desconcierta nuestro sentido común, se hace generosa y totalmente maestro de sus alumnos, educador de los maleducados de nuestra sociedad y de nuestra escuela, abandonados por una y por otra, en una relación que es de aprendizaje continuo y recíproco. Subrayo el aprendizaje recíproco, porque obliga a aprender también a nuestra profesora dentro de aquella realidad que le resulta nueva y especial y que le sorprende hasta la eventualidad del rechazo, eventualidad desechada ante la fascinación de la inteligencia, jamás rendida a la evidencia y a la norma, de aquel cura solitario y aislado al servicio de los humildes, capaz de poner a la Iglesia y a la sociedad frente a sus macroscópicas contradicciones, por imperativo de justicia.

En los recuerdos y en las páginas de Adele aparecen

otros personajes, presentes o lejanos. Presentes como otra mujer, el ama de llaves Eda, la más cercana junto a Adele, o la madre de don Milani, o la “novia”, abandonada por seguir una vocación religiosa el joven rico burgués que quería dedicarse a la pintura. Presentes como otros sacerdotes, el padre Balducci, el intelectual, en vigorosa polémica, o Bruno Borghi, el cura obrero. Y al fondo Florencia, la ciudad del alcalde La Pira, la política, la curia, las jerarquías (y Florencia era además la ciudad del Isolotto y de don Enzo Mazzi [cura contestatario]). Adele Corradi cuenta cómo don Milani, obstinado, insistía en que el cardenal Florit subiese a Barbiana: no lo pedía por soberbia, sino simplemente porque, como él explicaba, si se quedaba en las estancias del arzobispado, el monseñor no entendería nada de lo que ocurría allí arriba.

En el recuerdo de todos, está, obviamente, la *Carta a una maestra*, que don Milani atribuyó siempre a sus escolares, que fue motivo de estímulo y espejo para una generación que pronto la abandonó eligiendo otro camino.

No sé cuanto tiempo seguirá presente entre los chicos de hoy (aparte del título, convertido en “símbolo” por sí mismo). Cierto que la enseñanza de don Milani, y de la *Carta*, hablan todavía una lengua actual.

Por ejemplo, sobre una cuestión aparentemente sólo “de iglesia”: el ejercicio de la oración. El cura de Barbiana, sin hipocresía, reconoce que se necesita rezar, pero con atención a las circunstancias y, por eso, cuidando de las urgencias: “Si había urgencia, había que actuar”. Adele no se convence: “...miraba afuera, hacia el Monte Àuto, a la casa del campesino que blasfemaba de rodillas (para que la blasfemia llegase mejor ‘allí arriba’)...”. Al final don Milani concluye: “Será urgente rezar cuando a todos les parezca importante obrar”. Obrar, hacer, contra la verborrea y la espera de ciertos intelectuales, la mayoría.

En su lecho de muerte don Milani revisa su “buena batalla” y confía a los supervivientes el futuro. De tanto discurso Adele Corradi recuerda solo pocas palabras: “Ahora os toca a vosotros”.

## CARTA A UNA MAESTRA de las escuelas de tareas “Calasanz” (ETC)

Pepe Segalés (Méjico)

Mexicali 15 de mayo 2012, día del maestro

**E**stimada amiga: Hace unos días me preguntaste qué son las ETC, qué se necesita para ser maestra y te preguntabas si tendrías las cualidades para serlo y mostraste

tus ganas y tus dudas. Yo te preguntaba: ¿de veras quieres ser maestra? Hoy te respondo con una carta. Quiero que sepas que no la escribí yo. Te la han escrito muchos maes-

tros durante muchos años. En juntas, en clausuras, en festivales, en encuestas, en escritos, en pláticas, durante estos once años en los que yo estoy participando como maestro y